

Fundación Juan March

poética **y** POESÍA

LUIS GARCÍA MONTERO

Madrid MMV



Luis García Montero



Fundación Juan March

Madrid MMV

Cuadernos publicados:

1. Antonio Colinas
2. Antonio Carvajal
3. Guillermo Carnero
4. Álvaro Valverde
5. Carlos Marzal
6. Luis Alberto de Cuenca
7. Eloy Sánchez Rosillo
8. Julio Martínez Mesanza
9. Luis García Montero

poética **y** POESÍA

13 y 15 de Diciembre de 2005
Edición al cuidado de Antonio Gallego
© Luis García Montero
© de esta edición Fundación Juan March
Edición no venal de 1000 ejemplares

Depósito legal: M-49784-2005
Imprime: Imago Soluciones Gráficas S.L. (Madrid)

Preludio para Luis García Montero

Nacido en 1958 en Granada, en cuya Universidad es catedrático de Literatura Española, Luis García Montero es autor de media docena de libros de poesía, desde *El jardín extranjero* con el que ganó el Adonais en 1983, hasta *La intimidad de la serpiente* de 2003. En medio está el que es probablemente su libro más conocido, *Habitaciones separadas*, de 1994, con el que obtuvo el Loewe y el Premio Nacional de Literatura. Pero hay más. En la segunda edición de *El jardín extranjero*, la de 1999, recuperó sus poemas de *Tristia*, un libro de 1981 escrito “a cuatro manos” (diríamos los músicos) con Álvaro Salvador; y en 1994 había exhumado, en libro titulado *Además*, un libro universitario de 1980, *Rimado de ciudad* de 1983 y *En pie de paz* de 1985. García Montero lleva, pues, más de un cuarto de siglo escribiendo y publicando poesía.

Hay varias cuestiones que todos subrayan en la actividad poética de García Montero. La primera es la coexistencia pacífica con su actividad teórica respecto a la poesía. (Ha escrito sobre otros temas y en otros géneros, pero ahora lo dejo en segundo plano). Tanto es así que Laura Scarano, autora de un extenso ensayo sobre la poesía de Luis García Montero (*Las palabras preguntan por su casa*, Madrid, Visor, 2004), anuncia un segundo libro sobre su labor ensayística. La segunda es su presencia activa en el grupo granadino de *La otra sentimentalidad*, apadrinado teóricamente por el profesor Juan Carlos Rodríguez, y que se constituyó al amparo de la “nueva sentimentalidad” que defendió Don Antonio (en poesía, Don Antonio es siempre Antonio Machado) en el inolvidable “Diálogo entre Juan de Mairena y Jorge Menese” a propósito de la *Máquina*

de trovar que había inventado este último, una especie de “aristón poético o máquina de cantar”, o de “piano-fonógrafo”, a cuyo ingenio se deberían las *coplas mecánicas* de Mairena. (Sobre “La otra sentimentalidad” puede consultarse el reciente estudio y antología de Francisco Díaz de Castro en la colección Vandalia de la Fundación Lara, Sevilla, 2003). Y la tercera es su adscripción, *velis nolis*, a la llamada Poesía de la experiencia, la tendencia dominante en los últimos años en la poesía española y sobre la cual ha escrito nuestro poeta matizando las cosas con su habitual agudeza.

Con estos mimbres, y otros muchos que no puedo ni mencionar en aras de la brevedad, Luis García Montero ha ido construyendo una doble obra poética y teórica, dos ramas en realidad del mismo árbol, que no solo le ha servido a él personalmente, sino a toda una generación de poetas “de talante realista y figurativo” (Scarano), que parten de la experiencia urbana, hacen de la poesía un género de ficción, ya que “las cosas de la lírica deben ocurrir en el poema, no en la vida”, y que tratan de “recuperar la dimensión pública de lo privado” (Oleza), con lo que todo ello conlleva en cuanto a posición ética e incluso política ante los tiempos que al poeta le ha tocado vivir.

Pero no es de esos tiempos, sino del tiempo en abstracto, del que quiero hablar ahora para trazar ante Vds. el perfil que a mí me gusta de García Montero. Machadiano convencido (a Don Antonio dedica el noveno de los ensayos de *El sexto día. Historia íntima de la poesía española*, Madrid, Debate, 2000), ha aprendido de él y de Juan de Mairena que música y poesía son artes del tiempo: Sonidos en el tiempo, palabra en el tiempo. De ahí que también la música sea muy importante tanto en la teoría como en la práctica de

Montero. He aquí como lo explica en sus deliciosas *Lecciones de poesía para niños inquietos* (Granada, Comares, 2000):

Los poetas utilizamos el idioma como si fuera un instrumento musical, una guitarra, un piano, haciendo que las palabras suenen como teclas o cuerdas afinadas, para componer una melodía, un tono de voz, una explicación personal y convincente de las travesuras del mundo.

Pero te recuerdo que se pueden escribir poemas sin rima y versos de distintas sílabas. Lo importante es la música, conseguir llamar la atención con las palabras, dibujar una historia y un tiempo en la imaginación, convertir una mirada o una idea en algo memorable. A todo eso ayuda la rima, pero hay otras formas de lograrlo, porque la música permite muchas libertades y las palabras tienen más recursos para enseñarnos a mirar.

Esta concepción del poema, además de otras muchas consecuencias previsibles como la frecuente presencia de hechos musicales en los suyos, hace inevitable que el tiempo se constituya en el eje central. He aquí cómo lo dice, en la segunda parte de *Completamente viernes* titulada “Las palabras”, en el poema titulado “La poesía”:

Y si el tiempo le otorga su única materia,
posiblemente sirva de navaja,
porque es mejor un corte limpio
cuando abrimos la piel de la memoria.

De ahí, también, la presencia del tiempo real en sus poemas, pues también en la experiencia urbana –muchas veces nocturna– están

presentes “esos gatos sonámbulos del tiempo”, como dice un verso de *Diario cómplice*, un libro que no se llama así casualidad: Es un verdadero diario poético que intenta atrapar el tiempo que fluye. Lo expresa de muchas maneras, pero tal vez la más explícita sea la del poema “Nuestra noche”, en *Habitaciones separadas*, aquel que comienza: “Quisiera perseguir algún poema / que hablase de mis noches, nuestra noche”, y en cuya cuarta estrofa dice:

Escribir, por ejemplo, que los ojos,
cuando pasa la noche y en la calle
duele la luz del alba,
tienen otra manera de mirarse,
un modo más avaro de pensar
en los años, los meses, las semanas,
los días y las horas.

Sobre años, estaciones (podría hacerse una preciosa antología con poemas de Montero sobre el otoño, el invierno, la primavera, el verano), meses, días de la semana y hasta horas del día ha discurrido con buen criterio Laura Scarano y a ella me remito, aunque el asunto no está agotado, ni mucho menos. En el poema anterior dolía la luz del alba, pero hay otras muchas variables: La madrugada olvidadiza (*Diario cómplice*), la humillación de los amaneceres (*Habitaciones separadas*), o simplemente “nos viene el día” (*Diario cómplice*), una suerte de “alba provenzal” en la que la luz separa a los amantes. Y todo ello combinado con colores, aromas, sonidos diversos: bajo el cielo violeta de los amaneceres, el azul morado de los amaneceres (ambos de *Habitaciones separadas*), el rojo turbio de los amaneceres (*Completamente viernes*). Lo mismo en el atardecer, los atardeceres, el crepúsculo o simplemente la tarde.

Sí, es muy importante el tiempo, como es muy importante la música en los versos de García Montero. En uno de los poemas de *Tristia*, que el propio autor recoge en su antología de *Poemas* de Visor (2004), traza un retrato familiar con nombre de calle incluído, y con mención musical expresa que apenas se repetirá en su poesía. Se titula “El envés de la trama” y dice así:

Nosotros los Montero, tuvimos en común
el lento amanecer de la calle Lepanto
y algunos pocos mitos que ocuparon
lugar en nuestra mesa.

Empezar por Chopin
sería necesario: como un reloj su piano,
la caricia de ese cuerpo invisible
que es el tiempo, cuando la vida entonces
era sólo una anécdota y el futuro quizá
aún estaba en su sitio.

Es inevitable, dada la cercanía y complicidad de nuestro poeta con Rafael Alberti, mencionar al menos que en uno de los poemas de *Retornos de lo vivo lejano*, en el titulado “Retornos de Chopin a través de unas manos ya idas”, Alberti nombra a todos sus hermanos recordando “a mi madre, que nos unía a todos en la música de su viejo piano”. Pero también he de decir que muy pronto oímos el nuevo y definitivo decorado sonoro de los poemas nocturnos de nuestro poeta: Las noches de rock en el poema que rememora el madrigal a los ojos, de Cetina; los tocadiscos viejos, los discos no del todo elegidos, el color del viejo saxofón que le recuerda a la luna que le retendrá en París, o la orquesta húmeda que suena en “*el último tango* de la noche”, todo ello en *Diario cómplice*. Me sería fácil traer a colación

las músicas de la radio, tanto en casa como en el coche, o las del piano del bar, las de orquestas de jazz, las de músicos callejeros, las de orquestas de verano... O la enorme cantidad de veces que la memoria, el recuerdo, la nostalgia se activan por medio de canciones como en “El jardín de la serpiente”, un poema de su último libro:

Y así fue como un día
me supe tiempo y quise
reptar hasta el oído de los tiempos
para ofrecer una manzana
como el licor impío de la imaginación,
el relato del mundo
que convierte las fechas en canciones,
los páramos en islas
y la necesidad en sentimientos.

O la enorme cantidad de poemas que se titulan “Canción” desde *Las flores del frío* (“Canción tachada, canción amarga”), hasta su último libro (“Canción arboleda”, “Canción del día siguiente”). Me sería fácil, pero no dispongo ahora, precisamente, de tiempo.

No quisiera terminar sin aludir siquiera a un procedimiento constructivo de García Montero sobre el que me propongo volver algún día con más detenimiento, pues está relacionado con mi campo de intereses en la conexión de literatura y música. Es algo que ya ha sido observado, pero siempre como un ejemplo de *collage*. La unión en el mismo poema de varios asuntos simultáneamente no es sólo algo procedente de lo visual (el *collage* “pictórico”), o de la tradición literaria vanguardista, sino que también incide en lo musical: la polifonía narrativa.

Es bien conocida la nostalgia y la sana envidia que las artes de la palabra tienen respecto al recurso más habitual de la música de Occidente: la polifonía. La polifonía musical, es decir, el arte de hacer oír *simultáneamente* varias melodías diferentes, es posible precisamente porque la música no tiene significados concretos y explícitos: requiere un oído cultivado, y poco más. La literatura, la poesía, además de su posible musicalidad, *dice* cosas concretas, y es más complicado decir varias al mismo tiempo. En los *concertantes* de fin de acto en las óperas antiguas, la música es capaz de transmitirnos que la soprano, el tenor y el barítono, cantando a la vez, están diciendo al mismo tiempo una cosa y su contraria (¡Te amo! / ¡Te odio!). A la literatura a secas, sin música, no le es posible, a menos de oscurecer su discurso, y por ahí van –según he leído– algunas de las explicaciones a la ininteligibilidad de determinados pasajes del *Ulises* de Joyce. A García Montero le gusta el riesgo y hasta ahora, tomando sus precauciones, con éxito.

Lean, de *Habitaciones separadas*, “Historia de un teléfono”. La idea del *collage* funciona y explica bien la situación (conversaciones nocturnas y telefónicas), pero en mi opinión es un intento feliz de polifonía narrativa:

Porque el dolor es nada si debajo
no suenan las canciones de los días felices,
la intimidad del conjurado,
llámame cuando puedas,
me gusta aquel muchacho de la barra,
qué postura llevamos a la reunión del viernes,
acabo de comprarme *Las personas del verbo*.
A través del teléfono llegaban
las historias de amor, los libros, la política.

Este mismo recurso forma la estructura del poema más conocido de este libro, con título inglés: “*Life vest under your seat*” mezcla el soliloquio del autor recordando/inventando su conferencia neoyorkina y su breve amorío con una de las asistentes, con la voz de la azafata y el piloto que recitan las instrucciones del vuelo. “El *collage* vanguardista, la interferencia de planos y mundos sin aviso previo”, afirma el autor que fue el camino elegido. Yo me reafirmo en mi tesis.

Veamos otro ejemplo, esta vez de *Completamente viernes*, el divertidísimo “Miércoles, día del espectador”, en el que el narrador nos cuenta a la vez las peripecias de la película y las de una pareja que aprovechando la oscuridad se pone a hacer el amor. Y en la que observamos, por cierto, además de estas musicales “invenciones a dos o más voces”, otro recurso musical muy presente en la poesía de Montero: el *Da capo* (Volver al principio). Si el poema anterior, “Canción india”, comenzaba: “El collar rojo / sobre tu desnudo.” Y todas las estrofas terminaban “sobre tu desnudo.”, y el final era: “El silencio impuro / y el collar en rojo / sobre tu desnudo.”, el poema del miércoles cinematográfico comienza y termina con estos dos versos:

No se descarta que al salir del cine
una pareja cuente con nuevos enemigos.

He de terminar ya. En “Figura sin paisaje”, de *Habitaciones separadas*, el yo lírico se autodefine:

Un realista que vive el mundo de los sueños,
un soñador que quiere vivir la realidad.

Mal destino es el tuyo.

Así te va.

No se quién es ese realista soñador. Pero a quien lo creó, a García Montero, todos creemos que le va muy bien, y bien que nos alegramos.

A. G.

Luis García Montero
Ha pasado el tiempo

¿Cómo quieres ir vestido, de poeta o de catedrático? Mi mujer suele hacerme esa pregunta cuando le pido que me ayude a elegir la ropa precisa para ciertas situaciones literarias o sociales. Es una pregunta de respuesta difícil, sobre la que yo giro desde hace años, y a la que le doy vueltas mientras bajo por la escalera, con un humor grave que despunta sonrisas en varias direcciones. Porque la figura del poeta catedrático, más allá del prestigio de los conocidos profesores de la generación de 27, implica peligrosas alquimias que suelen ponerme nervioso. Hay profesores que aprovechan su condición poética para no prepararse las clases, y deliran sin rigor sobre cualquier asunto en nombre de la intuición o de la libertad creativa. Se parecen a ese tipo de escritores sagaces que descubren el surrealismo en la Edad Media, o hablan del *Lazarillo de Tormes* como una novela vanguardista, o se pasan ante la condición posmoderna del *Libro de Buen Amor*. Hacen de la historia un bocadillo (y con su pan se la comen). Aunque tal vez son más incómodos, ya que la pedantería resulta siempre una incomodidad, los poetas que al escribir versos se empeñan en dejar constancia de su condición de profesores, aplicando a cada estrofa el espíritu de las notas al pie de página, de las últimas teorías literarias resumidas en una tesis doctoral de Princeton, o de las viejas diversiones y ocurrencias cortesanas recogidas en los manuales de métrica.

El desparramo y la pedantería otorgan siempre una seguridad que hace más fáciles las declaraciones públicas sobre la propia poesía, pero que se corresponde mal con el proceso de dudas, incertidumbres y temblorosas decisiones que define la intimidad de la escritura, las horas de oficio y de espera que pasan minuto a minuto en el taller de un autor. No basta sólo con intentar no

vestirse de catedrático cuando se escribe poesía, o no vestirse de poeta cuando se sienta cátedra. También es necesario darle un sentido a la creación, escribir con sentido y de acuerdo con una tradición elegida, o, en el otro extremo, huír de la receta profesoral y rutinaria del académico que ha perdido su ilusión de lector y habla de libros como podría hablar de los rebaños de ovejas en la Castilla del siglo XIV. La verdad es que escribir se parece a seguir una ruta más o menos elegida, huyendo más o menos del dogmatismo de los planes prefijados y aceptando las invitaciones que más o menos nos hacen durante la jornada los cruces de caminos, los hoteles y las gentes de cada lugar desconocido. Conviene que uno esté dispuesto a perderse o a detenerse, pero sin olvidar nunca la ciudad a la que quiere llegar. Las consideraciones que pueda hacer yo sobre la poesía son el resultado de esta búsqueda flexible. Responden menos a un programa prefijado que a una experiencia de viaje. Aunque, eso sí, tampoco tardé mucho en saber cuál era la ciudad poética en la que me interesaba vivir.

Ha pasado el tiempo. Como a veces pasa igual sobre las vidas y sobre la literatura, la pregunta de mi mujer, ¿cómo quieres ir vestido, de poeta o de catedrático?, me infecta también el buen humor con unas gotas de melancolía. Ya te has vestido de poeta, decía mi madre hace 30 años, al verme salir en dirección a un cineclub, o a una representación de un grupo de teatro independiente, o a cualquier reunión clandestina, con un jersey de cuello vuelto y lana gruesa, una camisa de cuadros, unos pantalones vaqueros, unas botas de montaña, un paquete de tabaco en el bolsillo y una alegre y matizada rabia juvenil en el corazón. La rabia que yo sentía en la Universidad de Granada,

en 1976, era alegre y matizada, porque los últimos coletazos del franquismo, cuando a uno no le tocaba la china de la extrema derecha, eran casi un juego si se comparaban con la crueldad de los años más duros del Régimen, y porque el deseo de libertad, en el mundo en el que yo vivía, se desplazaba entonces a las bibliotecas, a los libros prestados, a las ganas de enterarse de las últimas corrientes literarias, filosóficas, psicoanalíticas o marxistas que cabalgaban por Europa. Al llamarme poeta, mi madre reconocía los versos adolescentes de mis cuadernos de bachillerato, pero sobre todo suavizaba en términos culturales las malas pintas de mi militancia izquierdista y callejera a la moda. No le faltaba razón, porque según fui pasando de las imitaciones casi infantiles de Campoamor y García Lorca, o adolescentes de Blas de Otero, a los poemas en prosa vanguardista de mi primer libro, *Y ahora ya eres dueño del Puente de Brooklyn* (1980), también fui subiendo los peldaños que llevaban de los ejercicios espirituales de los Padres Escolapios a las discusiones de cineclub o las asambleas estudiantiles organizadas por el Partido Comunista de España. La libertad exigía un impulso de renovación moral, en el que la cultura, la política y el jersey de cuello vuelto coincidían con frecuencia en el bar de la facultad o en las manifestaciones y encierros a los que yo acudía vestido de poeta.

El prestigio lírico de la rebeldía se condensaba para mí en los versos de “Birds in the night”, el famoso poema de Luis Cernuda, incluido en *Desolación de la Quimera*. Cernuda escribió un homenaje a Verlaine y Rimbaud que suponía la denuncia cortante de una sociedad estafadora y la reivindicación ética de la heterodoxia, los márgenes y los seres anormales. Recuerdo el poema:

El gobierno francés, ¿o fue el gobierno inglés?, puso una lápida
En esa casa de 8 Great College Street, Camden Town, Londres,
Adonde en una habitación Rimbaud y Verlaine, rara pareja,
Vivieron, bebieron, trabajaron, fornicaron,
Durante algunas breves semanas tormentosas.
Al acto inaugural asistieron sin duda embajador y alcalde,
Todos aquellos que fueran enemigos de Verlaine y Rimbaud cuando vivían.

La casa es triste y pobre, como el barrio,
Con la tristeza sórdida que va con lo que es pobre,
No la tristeza funeral de lo que es rico sin espíritu.
Cuando la tarde cae, como en el tiempo de ellos,
Sobre su acera, húmedo y gris el aire, un organillo
Suena, y los vecinos, de vuelta del trabajo,
Bailan unos, los jóvenes, los otros van a la taberna.

Corta fue la amistad singular de Verlaine el borracho
Y de Rimbaud el golfo, querellándose largamente.
Mas podemos pensar que acaso un buen instante
Hubo para los dos, al menos si recordaba cada uno
Que dejaron atrás la madre inaguantable y la aburrida esposa.
Pero la libertad no es de este mundo, y los libertos,
En ruptura con todo, tuvieron que pagarla a precio alto.

Sí, estuvieron ahí, la lápida lo dice, tras el muro,
Presos de su destino: la amistad imposible, la amargura
De la separación, el escándalo luego; y para éste
El proceso, la cárcel por dos años, gracias a sus costumbres
Que sociedad y ley condenan, hoy al menos; para aquél a solas
Errar desde un rincón a otro de la tierra,
Huyendo a nuestro mundo y su progreso renombrado.

El silencio del uno y la locuacidad banal del otro
Se compensaron. Rimbaud rechazó la mano que oprimía
Su vida; Verlaine la besa, aceptando su castigo.
Uno arrastra en el cinto el oro que ha ganado; el otro
Lo malgasta en ajeno y mujerzuelas. Pero ambos
En entredicho siempre de las autoridades, de la gente
Que con trabajo ajeno se enriquece y triunfa.

Entonces hasta la negra prostituta tenía derecho de insultarles;
Hoy, como el tiempo ha pasado, como pasa en el mundo,
Vida al margen de todo, sodomía, borrachera, versos escarnecidos,
Ya no importan en ellos, y Francia usa de ambos nombres y ambas obras
Para mayor gloria de Francia y su arte lógico.
Sus actos y sus pasos se investigan, dando al público
Detalles íntimos de sus vidas. Nadie se asusta ahora, ni protesta.

<<¿Verlaine? Vaya, amigo mío, un sátiro, un verdadero sátiro
Cuando de la mujer se trata; bien normal era el hombre,
Igual que usted y que yo. ¿Rimbaud? Católico sincero, como está
demostrado.>>

Y se recitan trozos del “Barco Ebrio” y del soneto a las “Vocales”.
Mas de Verlaine no se recita nada, porque no está de moda
Como el otro, del que se lanzan textos falsos en edición de lujo;
Poetas mozos de todos los países hablan mucho de él en sus provincias.

¿Oyen los muertos lo que los vivos dicen luego de ellos?
Ojalá nada oigan: ha de ser un alivio ese silencio interminable
Para aquellos que vivieron por la palabra y murieron por ella,
Como Rimbaud y Verlaine. Pero el silencio allá no evita
Acá la farsa elogiosa repugnante. Alguna vez deseó uno

Que la humanidad tuviese una sola cabeza, para así cortársela.
Tal vez exageraba: si fuera sólo una cucaracha, y aplastarla.

Los poemas más queridos nos provocan a veces incomodidades, puntos de disidencia, de contradicción íntima, que les otorgan al mismo tiempo su fuerza y su distancia. Estas incomodidades no se están quietas, cambian de lugar según nuestro estado de ánimo y nuestra edad. Con los poemas preferidos se conversa y se discute a lo largo del tiempo. “Birds in the night” acompañó la rebeldía de los años más importantes de mi educación sentimental, cambiando de forma sigilosa el lugar de la incomodidad. Primero me pareció excesiva la respuesta tajante de los últimos versos, con su completo desprecio a la humanidad. Yo era rebelde, impertinente, pero me parecía excesiva la conclusión final de una rabia pronunciada tan en alto y con un lenguaje tan claro: “Alguna vez deseó uno / Que la humanidad tuviese una sola cabeza, para así cortársela. / Tal vez exageraba: si fuera sólo una cucaracha, y aplastarla”. Era la misma violencia de los manifiestos surrealistas y de algunas declaraciones poéticas de Luis Cernuda en los años 30, pero presentada ahora sin camuflaje retórico, sin la exaltación del grito, en estrofas contadas de siete versos y palabras secas.

Después asumí que hay momentos en los que uno puede llegar a la indignación absoluta, sobre todo cuando las convenciones tranquilas sólo sirven para santificar “la tristeza funeral de lo que es rico sin espíritu” y la autoridad “de la gente que con trabajo ajeno se enriquece y triunfa”. Pero entonces me molestó la rebeldía sin sentido, sin apuesta por el porvenir, simple desarticulación o aplastamiento. Me costaba trabajo asumir “que la libertad no es de este mundo” y que “los libertos” tienen que vivir en “ruptura con todo”, llegando incluso a renunciar a la

curiosidad posterior, a la preocupación por lo que ocurra, con uno mismo y con los demás, después de nuestra muerte: “¿Oyen los muertos lo que los vivos dicen luego de ellos? / Ojalá nada oigan: ha de ser un alivio ese silencio interminable / Para aquellos que vivieron por la palabra y murieron por ella, / Como Rimbaud y Verlaine”. Yo esperaba entonces demasiado del futuro, hasta el punto de imaginarme las buenas palabras de reconocimiento y la bandera en la que sería envuelto mi ataúd. Así que me incomodaba esta desesperanza, esta aclamación del silencio y de la nada, la idea de que cualquier reconocimiento póstumo iba a suponer la farsa de un alcalde mediocre y una sociedad mezquina. Años después, mientras iba perdiendo el deseo de una bandera para mi ataúd, tuve la oportunidad de comprobar el precio que se paga cuando se huye del mundo y se renuncia a “su progreso renombrado”. Por eso me he esforzado en conducir el pesimismo al campo de las ilusiones, elaborando mi voz en las notas de un sosegado optimismo melancólico. Me niego a echar a mis sueños de casa, pero dormimos casi siempre en habitaciones separadas.

Por lo que se refiere al poema de Cernuda, me incomodó finalmente una tensión oculta. Las rupturas completas, las búsquedas del silencio y de las cabezas cortadas, entraban en tensión, en contradicción íntima, con una poesía seca, clara, que empleaba en los versos el mismo lenguaje de la sociedad, sin inventarse un vocabulario estético, ni unos procedimientos retóricos de autodefensa. Se trataba de una contradictoria invitación a pensar, a meditar en la épica maldita de Verlaine y Rimbaud, una estela inconformista de evidente tradición romántica.

Buena parte de la tradición literaria que he ido perfilando en mi mundo lírico, desde Antonio Machado a Jaime Gil de Biedma,

desde Jorge Luis Borges o Pablo Neruda a José Emilio Pacheco, responde a esta necesidad de meditar y cuestionar algunos callejones sin salida de la Modernidad, el alarido o el susurro, con la correspondiente exaltación de la bohemia estética y la sublimación del sujeto romántico. El tiempo pasa también sobre la Modernidad. Cernuda todavía llegaba a identificarse con el tiempo de la pareja maldita: “Cuando la tarde cae, como en el tiempo de ellos, / Sobre su acera, húmedo y gris el aire, un organillo / Suenan...”. Pero las cicatrices de la modernidad maldita de Rimbaud y Verlaine se hicieron demasiado lejanas en la historia que me tocó vivir, y acabó siéndome imposible la identificación. Las tradiciones aportan, ofrecen matices, enriquecen. Sin embargo, hay situaciones en las que dejan de ser un ejemplo vivo. Autores sin duda admirados nos piden desde sus versos la documentación y, de pronto, sólo podemos enseñarles un pasaporte extranjero. Eso acabó pasándome con Rimbaud, admirable representante de una tradición de modernidad que consistía precisamente en la inversión de las ilusiones modernas enunciadas desde el Renacimiento. Los poetas malditos pertenecen al pensamiento negativo de una Modernidad que sólo acierta a negarse a sí misma para seguir considerándose moderna. Eso dio muy buenos resultados líricos, pero bien entrada la segunda mitad del siglo XX ya había perspectiva para madurar en otras apuestas. Por ejemplo, en un nuevo diálogo con las ilusiones de la Modernidad negada.

La experiencia de la poesía, pasado el tiempo, nos ayuda a valorar los resultados tanto de los buenos como de los malos propósitos. De las contradicciones de los buenos propósitos de la Modernidad ya dieron cuenta los románticos, los malditos y los

vanguardistas. Poeta formado en las ilusiones democráticas españolas de los años 80, me interesó más tomar postura ante los resultados de los malos propósitos del pensamiento negativo. Y es que después de una vuelta, el mundo da otra vuelta, y también envejecen los rencores y los malos pensamientos. La épica bohemia de Verlaine y Rimbaud resiste mal el enfrentamiento con la realidad. No me refiero sólo a las sombras que arroja el retrato cernudiano de esta pareja de libertos, si se confronta con los datos biográficos reales. Aunque hay que admitir que la comparación entre “Birds in the night” y el famoso libro de Enid Starkie sobre Arthur Rimbaud no es muy caritativa. La habitación del 8 Great College Street, Camden Town, fue el segundo domicilio de la pareja en Londres, más desgraciado incluso que el primero, un cuarto alquilado en el número 35 de Howland Street. Los años 1872 y 1873 no fueron muy dignos para el amor de Rimbaud y Verlaine. Huídas, arrepentimientos, abandonos, insultos, violencia y desprecio marcan cada uno de los capítulos de su relación. Verlaine abandonó a su mujer por Rimbaud, dejó París y huyó a Bruselas. Luego abandonó a Rimbaud por su mujer, aunque el segundo abandono también duró poco, ya que se bajó del tren que lo devolvía con ella a París, y regresó con Rimbaud, para viajar con él a Londres. El alcoholismo, los celos, los insultos que llegaban a una crueldad negra, el posible amor de Rimbaud con una muchacha, la descomposición de Verlaine, su huída de Londres, sus avisos patéticos de suicidio a la madre y a Rimbaud, su arrepentimiento, su decisión de ir a España para alistarse en el ejército carlista, su nuevo arrepentimiento, acabaron en el famoso drama de Bruselas, con Verlaine disparando sobre Rimbaud. Cernuda escribe que Verlaine pasó dos años en la cárcel “gracias a sus costumbres / Que sociedad y ley condenan”. Pero es que

Verlaine tomó la costumbre de apuntar con una pistola y disparar sobre Rimbaud. Un punto final de pólvora, hospitales y cárceles para estos dos héroes líricos de la libertad y de la rebeldía contra los valores familiares. Cuando el comisario preguntó a Rimbaud durante el proceso, “¿De qué vivía usted en Londres?”, no tuvo más remedio que contestar: “Sobre todo del dinero que la señora Verlaine enviaba a su hijo”.

Hay preguntas que nos clavan en la meditación, ¿cómo quieres ir vestido, de poeta o de catedrático?, ¿de qué vivía usted en Londres? La meditación tardó poco en acercarme a otros famosos versos de Antonio Machado:

A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la masión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

En los años 80, con otros amigos granadinos, comenzamos a repetir la fórmula machadiana de la “nueva sentimentalidad”, para buscar “otra sentimentalidad”. Nos interesaban menos las novedades superficiales, los manidos cortes generacionales, las polémicas entre el esteticismo y la propaganda, que la revisión de la subjetividad romántica, porque estábamos convencidos de que la educación sentimental de cada individuo pertenece a la historia, y de que es en ella donde hay que fijar las estrategias de la libertad. Todo esto tenía que ver con una valoración de las consecuencias últimas de la subjetividad romántica en sus distintas derivaciones simbolistas o vanguardistas. El tiempo pasa, pasa por la vida y la literatura, las perspectivas cambian, los alcaldes y los embajadores ponen placas en la habitación maldita de Verlaine y Rimbaud. Pero tal vez no sea eso lo más significativo. Al fin y al cabo sabemos ya

que la lógica de los movimientos de vanguardia pertenece al tiempo publicitario, lineal y urgente del mercado. La ruptura entra en los museos y las modas firman pactos con la muerte, como en el magistral diálogo de Leopardi, para dejar espacio a las nuevas modas. Lo que considero realmente significativo es que la moral de la bohemia, del artista libre, enemigo del Estado, opuesto al trabajo estable, partidario del riesgo, habitante del exceso, sólo sea hoy reconocible en la figura de los ejecutivos neoliberales.

Bien pensado, es una semejanza lógica. La moral bohemia no era más que una radicalización de la moral burguesa desde el horizonte negativo. En un momento de destrucción máxima de las ilusiones de la Modernidad, de abandono de su lado optimista, solidario, es lógico que la figura del ejecutivo neoliberal recoja la antorcha del poeta bohemio. Su valor laboral es el riesgo, el exceso, el cambio perpetuo, la renovación urgente, el reciclaje. Considera que la libertad pasa por la destrucción de los espacios públicos. El objeto de su odio es el Estado, un odio sólo comparable al que siente ante los trabajos fijos y los contratos laborales que no flexibilizan al máximo las condiciones del empleo. Cuando llegan a casa tras una jornada agotadora, se entretienen con programas de telebasura, en los que se cuentan historias sexuales más duras que “las breves semanas tormentosas” de Rimbaud y Verlaine. La tragedia cárdena de los que “vivieron, bebieron, trabajaron, fornicaron” es ahora un espectáculo frívolo, sin coartada, literal en su propia estupidez, porque la cancelación de los valores públicos implica también la liquidación de la conciencia privada, y los amantes son un exponente patético, sin leyenda, de la mercantilización de los cuerpos.

Por eso, más que la exaltación de la anormalidad frente a la norma, más que la apuesta por las rupturas ornamentales, me

pareció interesante buscar una nueva definición de la normalidad, flexible, abierta, superadora de prejuicios, pero que no tuviese que renunciar a sus vínculos y a la responsabilidad de una elaboración histórica compartida. Desde el punto de vista poético todas estas consideraciones suponen una decisión sobre el lenguaje. La tradición lírica negativa denunció el fracaso de las ilusiones de la Modernidad decretando la muerte del lenguaje como ámbito de un diálogo verdadero. La verdad estaba en el silencio, en todo aquello que no pudiera confundirse con un contrato social o con un signo lingüístico. La depuración significó entonces un mecanismo defensivo muy concreto: la invención de esencias al margen de la realidad histórica. Un proceso doble por el que se fundaban subjetividades esenciales al margen de la historia y se negaba cualquier valor de ejemplaridad, de dignidad, a las entidades históricas. Una y otra vez el camino repetido comenzaba en la esencialización de la subjetividad pero continuaba, de forma inevitable, con el descubrimiento lúcido del carácter histórico de los sujetos. Se insistía después en la condición hueca o miserable de las esencias, para concluir en la confusión de la realidad y la nada, campo abonado para el cinismo y las existencias líquidas. La deslocalización, en las vidas y en las empresas, es la marca última de un poder que ha aprendido a aglutinar su dominio en el descentramiento. ¿Es que el drama de nuestra existencia se resuelve en la negación de nuestra existencia? ¿Hay que renunciar a contarnos la vida, a escuchar las vidas de los otros? ¿Estamos condenados a ser silencio o telebasura? ¿Tenemos que quedarnos sin plazas públicas en las que conversar y sin tribunas desde las que exigir? ¿Esto debe ser así por obligación?

Así fue por historia. El impacto de la mentalidad industrial en la cultura del siglo XIX, con su mercantilismo devorador, su

feísmo pragmático, su inevitable superación de la ética artesanal, produjo inmediatas operaciones de autodefensa en la moral lírica. Se equivoca quien piensa que el impacto del mercantilismo en la literatura debe medirse por el dominio del best-seller y las rebajas populistas. Mucho más significativa fue la suerte del mercantilismo a la contra, el arte que aceptó definirse como una reacción ante sus enemigos, abandonando sus propios pasos en favor de una resacralización del oficio poético. Ahí debemos buscar el verdadero impacto. La libertad ya no era de este mundo ni del lenguaje social, y había que imaginar esencias depuradas al margen de la realidad, convirtiendo el silencio en un altar de verdades. En el fondo de todo, se abandonaba la libertad real por la libertad imaginada, del mismo modo que Verlaine y Bécquer renunciaban en sus poemas a las rubias, las morenas y las pelirrojas de carne y hueso en favor de la mujer ideal. Siento especial debilidad moralista por la “Rima XI”:

– Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión;
de ansias de goces mi alma está llena.
¿A mí me buscas? – No es a ti; no.

– Mi frente es pálida, mis trenzas de oro;
puedo brindarte dichas sin fin.
Yo de ternura guardo un tesoro.
¿A mí me llamas? – No; no es a ti.

Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz;

soy incorpórea, soy intangible;
no puedo amarte. – ¡Oh, ven; ven tú!

Otra incomodidad. Mi manera de pensar me hace recibir con poca simpatía los sueños imposibles y los fantasmas de niebla y luz, sobre todo cuando son utilizados para negar las utopías modestas y las transformaciones que pueden encabezar con buen fin los seres de carne y hueso. Bécquer descubrió que en una sociedad aburguesada “una oda solo es buena / de un billete del Banco al dorso escrita”. Y respondió acudiendo al eco, a la sugerencia, a la depuración. También tuvo la lucidez suficiente como para intuir que esa renuncia llevaba al arte a un callejón sin salida. Yo quise utilizar sus enseñanzas, y las de Machado, y las de Cernuda, para componer una poética equilibrada con mis deseos. Lo he procurado con más o menos disciplina, aceptando posada o deteniéndome en los cruces de caminos, desde la escritura de *El jardín extranjero* (1983). Considero que la libertad individual es pura farsa al margen de las leyes públicas justas, que son las que crean la libertad, y opino que el entendimiento de la verdad es pura superstición fuera del lenguaje, que es el que crea la posibilidad de entendimiento, como son los poemas los que crean la poesía. Por eso me he identificado con una poética que no imagina héroes, ni profetas, ni iluminados, sino la conciencia de un individuo vestido de ciudadano, que no rompe el lenguaje, que no necesita inventarse un dialecto, sino que utiliza con el mayor rigor posible el lenguaje de todos para meditar sobre sus relaciones con el mundo. El utilitarismo denunciado por Bécquer, la oda escrita en el billete del Banco, invitaba hace dos siglos a exaltar la inutilidad. Hoy me parece más oportuno apostar por una nueva definición de la utilidad, en la que quepan las palabras de familia y los valores públicos que no dependen de una cuenta corriente en el banco. Más preguntas. ¿Heroísmo, o una cosa común, una causa común? El

“Arte poética” que Jaime Gil de Biedma incluyó en *Compañeros de viaje* concluía precisamente en esta necesidad de decidir:

Es sin duda el momento de pensar
que el hecho de estar vivo exige algo,
acaso heroicidades – o basta, simplemente,
alguna humilde cosa común

cuya corteza de materia terrestre
tratar entre los dedos, con un poco de fe?
Palabras, por ejemplo,
Palabras de familia gastadas tibiamente.

La fe en la materia terrestre y en el lenguaje supone una defensa del lado noble, porque también existe, de la Modernidad, una nueva ilusión en sus promesas incumplidas, en los vínculos sociales que tienen más que ver con la solidaridad que con el egoísmo. Cuando no se renuncia a la conciencia crítica, el retorno positivo a la Modernidad exige tiempo y nuevas reflexiones, pero el tiempo se puede moldear con los dedos y vivirse con cierta calma cuando nos salimos de la urgencia neoliberal, tan partidaria de las jubilaciones anticipadas y de la exaltación de la moral juvenil. Más que la leyenda bohemia de Rimbaud y Verlaine, me acompaña hoy el desgarrón que tiembla en “Birds in the night”, el poema de Luis Cernuda, entre el orgullo individual del artista y el vocabulario seco, común, familiar, de los versos. Porque en esa frontera se ha ido formando la conciencia poética a la que respondo en mis libros. La conciencia es un lugar intermedio entre el duro discurso de las identidades individuales y los vínculos sociales, el ámbito en el que están obligados a vivir los que han aprendido a quedarse solos para

seguir respetando a los demás, defendiendo la libertad vinculada de aquello que debe decirse. El mecanismo de defensa evita en este caso la tentación homologadora de los vínculos y el cinismo de la individualidad irresponsable.

Considero el lenguaje como un espacio público en el que la incomunicación es desplazada por el entendimiento flexible de las singularidades. La apuesta por una recuperación del deseo moderno no fundado en el mal o en el prestigio oscuro de los infiernos, tiene además sus ventajas por lo que se refiere a las condiciones propias de lectura. Los mecanismos defensivos de la sacralización poética, desde el esencialismo de la poesía desnuda a la retórica del culturalismo, suelen conducir por lógica interna al sectarismo, incapacitando a sus sacerdotes para disfrutar de las tradiciones que no pertenecen a la misma religión. Hay poetas que abren los libros de los demás con la intención previa de enfadarse, de indignarse, de que no les gusten los versos, de considerarlos horribles, descalificando a los autores por los estilos más que por su voz personal. La búsqueda de un mundo propio es inexcusable a la hora de escribir. Pero el lector puede disfrutar de distintas tradiciones, de las diversas estirpes y de los muchos matices que caben en la poesía. La apuesta optimista por las promesas modernas es más abierta, más dialéctica, porque hace incluso que el poeta vea como propia la expresión crítica que late en el pensamiento negativo, alejándose solamente de la farsa de los infiernos por encargo, del mismo modo que uno se aleja de los festejos oficiales de un alcalde trasnochado. No se trata de un camino de ida, ni de un camino de vuelta, sino de una estrategia de comprensión global a la hora de elegir el futuro. Conviene, en cualquier caso, mantener viva la ilusión del lector adolescente que arde en los orígenes de todo poeta. Si el rencor, la desidia o la pedantería académica matan al lector que llevamos dentro, los poemas acaban convertidos en un protocolo enfermizo de vanidades huecas.

He trabajado todos los días de mi vida, mientras estudiaba a Garcilaso de la Vega o a Rafael Alberti, preparaba oposiciones, daba clase y escribía poemas, con la intención de conservar las pasiones lectoras del adolescente que, hace ya mucho tiempo, en una tarde del otoño granadino, abrió *Desolación de la Quimera* y descubrió “Birds in the night”. He cambiado de domicilio muchas veces, porque no me pareció oportuno seguir viviendo a finales del siglo XX en el número 8 de Great College Street, Camden Town, Londres. Me interesaba más una reivindicación de la felicidad pública y privada, el esfuerzo permanente por conseguirla, como signo de la autoridad que los seres humanos deben tener sobre sus destinos. Busqué también, para vivir con ella, una mujer de carne y hueso, alguien que supiese preguntarme en cada ocasión: ¿cómo quieres ir vestido, de poeta o de catedrático? Ya les he contado a ustedes los matices y las preocupaciones que llevo dentro de mí al bajar por la escalera, pensando en el sentido de mi respuesta. Acabo, pues, con un poema de *Completamente viernes* (1998), un libro de amor muy libre, pero poco bohemio, y dispuesto a hacer habitables una casa y una ciudad a las que cada vez me siento más vinculado. Se titula “Poética”, responde a mi forma de entender la poesía, y pide una nueva oportunidad para la fe terrestre, para las ilusiones que se esbozaron en el Renacimiento, para la ética del oficio y las posibilidades de la ficción humana, es decir, para todos aquellos que somos partidarios de la felicidad perseguida, porque pensamos que la libertad debe ser cosa de este mundo, un sentimiento que compartir:

Hay momentos también en que dejamos
las palabras de amor y los silencios

para hablar de poesía.
Tu descansas la voz en el pasado
y recuerdas el título de un libro,
la historia de unos versos,
la noche juvenil de algunos cantautores,
la importancia que tienen
banderas y poetas en tu vida.
Yo te hablo de comas y mayúsculas,
de imágenes que sobran o que faltan,
de la necesidad de conseguir un ritmo
que sujete la historia,
igual que con las manos se sujetan
la humedad y los muros de un castillo de arena.
Y recuerdo también algunos versos
en noches donde comas y mayúsculas,
metáforas y ritmos,
calentaron mi casa,
me hicieron compañía,
supieron convencerme
con tu mismo poder de seducción.

Ya sé que otros poetas
se visten de poeta,
van a las oficinas del silencio,
administran los bancos del fulgor,
calculan con esencias
los saldos de sus fondos interiores,
son antorcha de reyes y de dioses
o son lengua de infierno.

Será que tienen alma.
Yo me conformo con tenerte a ti
y con tener conciencia.

Madrid, 31 de octubre de 2005

Selección de poemas

P

OEMA VI

Rojo temblor de frenos por la noche,
así sueño el amor, así recuerdo,
entre la madrugada olvidadiza,
sensaciones de turbia intimidad,
cuando tener pareja conocida
es un alivio para los extraños.

Borrosa gravedad del parabrisas
en la despreocupada seducción.
Porque los coches saben su camino
y van como animales en querencia
a la casa, sin dudas, entre besos
que nos duran el tiempo de un semáforo
y un poco más; porque decir mañana
es casi discutir el más allá,
y hablamos del dolor de los horarios,
alejados, cayendo en la imprudencia,
como los vivos hablan de la muerte.

(Diario cómplice)

P

OEMA XXVI

Bajo una lluvia fría de polígono,
con un cielo drogado de tormenta
y nubes de extrarradio.

Porque este amor de llaves prestadas nos envuelve
en una intimidad provisional,
paredes que no hacen compañía
y objetos como búhos en la sombra.

Son
las sábanas más tristes de la tierra.
Mira
cómo vive la gente.

(Diario cómplice)

CANCIÓN SIN NADIE

En el décimo B
no amanecen los días y las noches
ya no tienen un sueño para el amor o el miedo.

Tras las ventanas sucias,
de la mujer ausente nadie sabe.
Sus paredes la dan por desaparecida.

Una mujer ausente
y el cisne negro de la soledad
que se posa en un lago de luz desalquilada.

Ya nadie sabe nunca.
Pero alguien que pasa sin saber
piensa que el viento flota con olor a cerrado.

(Las flores del frío)

CANCIÓN UMBRÍA

Como una flor de plástico,
como el cielo se apoya en la ventana
más fría de un hotel,
es así nuestro tiempo,
almacén de capítulos borrados.

Se marchita la rosa de un dormido,
porque nada lo espera
y están vacíos los asombros
y el gris sobrecargado de la tarde
no tiene invierno ni tendrá verano.

Frágil la eternidad
que no soporta el peso de un afecto.
Extraña flor de plástico,
nuestro tiempo es así,
descaminado.

(Las flores del frío)

*I*RENE

Así amanece el día
Claudio Rodríguez

¿Conoces ya la tinta meditada
de la primera luz?
Mira el esfuerzo
que en la copa más alta del bosque más oscuro
raya un momento, avisa y mientras cae
forma la claridad.
Así comienza el día.
Así también, contigo,
cobran todas las cosas
un impreciso afán por empezar de nuevo,
por ser tu compañía
cuando el tiempo aparezca.

Y no es el mecanismo
oxidado de un tren lo que se mueve,
ni las maderas de la barca
están secas aún. No en todas las historias
el tiempo necesita la nostalgia.

Pero tiene la luz recuerdos que son nuestros.
Van a bajar los dioses de sus libros,
alguién descubrirá que el mundo es navegable,

habrá días y noches, y en la luna
de lo ya sucedido
respirará la fábula blanca del calendario.

¿Qué haremos de nosotros
ahora que los espejos todavía
no tienen una sombra que llevarse a sus láminas
y los recuerdos nacen aprendiendo
a contar hasta diez?
¿Qué podemos hacer con lo que nos han dado?

Como una insinuación, como la piedra
interroga al estanque,
cae la luz en el sueño de la casa.

Y la distancia,
esa divinidad que medita en el agua
de los puertos,
vuelve al pasado, busca entre sus mitos
un ángel sin heridas,
una nueva metáfora,
algo que no es tu nombre,
pero que yo pronuncio desde el fondo
abierto de tus ojos.

(Las flores del frío)

INTENTO, SIN COMPAÑÍA, DE REHABITAR UNA CIUDAD

Pienso en la solución confusa de este cielo,
la lluvia casi a punto en la mirada
débil que las muchachas me dirigen
acelerando el paso, solitarias,
en medio del acento que se escapa
como un gato pacífico
de las conversaciones.

Y también pienso en ti. Es la exigencia
de cruzar esta plaza, la tarde, Buenos Aires
con nubes y mil cables en el cielo,
cinco años después
de que lo conociéramos nosotros.

Los que vienen de fuera siguen viendo
ese resumen ancho de todas las ciudades,
ríos que de tan grandes
ya no esperan el mar para sentir la muerte,
cafés que han encerrado
la imitación nostálgica del mundo,
con mesas de billar y habitantes que viven
hablando de sus pérdidas en alto.

Mientras corre la gente a refugiarse
de la lluvia, empujándome,

pienso desorientado
en el dolor de este país incomprensible
y recuerdo la nube
de tus preguntas y tus profecías,
selladas con un beso,
en la Plaza de Mayo,
camino del hotel.

Testigos invisibles para un sueño,
hicimos la promesa
de regresar al cabo de los años.
Parecías entonces
eterna y escogida,
como cualquier destino inevitable,
y apuntabas el número de nuestra habitación.
Ahora,
cuando pido la llave de la mía
y el alga de la luz en el vestíbulo
es lluvia rencorosa,
vivo confusamente el desembarco
de la melancolía,
mitad por ti, mitad porque es el tiempo
agua que nos fabrica y nos deshace.

(Las flores del frío)

*F*OTOGRAFÍAS VELADAS DE LA LLUVIA

Cuando la muerte quiera
una verdad quitar de entre mis manos,
las hallará vacías...

Luis Cernuda

Cuando los merenderos de septiembre
dejaban escapar sus últimas canciones
por las colinas del Genil,
yo miraba la luz,
como una flor envejecida,
caerse lentamente. Lo recuerdo.

Y recuerdo en mi piel la enfermedad
de las horas inciertas. Por los alrededores
la mirada del niño primogénito
parecía saberlo.

Bombillas
contra un cielo sin fondo,
pintura de las mesas
más pobre y sin verano,
botellas olvidadas sin un solo mensaje
y la radio sonando
con voz de plata

como los álamos del río.
Antes que los humanos
los objetos aprenden a vivir en otoño.

Hasta un golpe de lluvia.

Entonces sí,
hay mujeres y hombres que corren al invierno
con gritos sorprendidos todavía
en la palabra agosto.
La lluvia de repente
que le devuelve a España su existencia
de periódico antiguo
y pone hacia el final de las películas
un beso triste, un dolor censurado.

Del verano se sale igual que de un recuerdo.
Nunca lo detenemos
en sus noches crueles de calor,
ni se queda en nosotros
la insistencia quemada de las calles,
los fantasmas eróticos
que jamás desembocan en un cuerpo,
noches de alcohol sin nadie,
la cuchilla del frío repentino,
la humillación de los amaneceres.

Pero del mismo modo
al recuerdo se vuelve igual que a los veranos,
con ganas de tocar el mar,
como un tiempo más nuestro,

la leyenda arruinada del nosotros más puro,
una memoria de la felicidad
que duele, nos desarma
y rueda en las colinas de la tarde
y nos busca después
cada septiembre
como los álamos del río
en esa flor envejecida
de nuestra propia casa.

Los pecados del tiempo son pecados mortales.

Y al fin todo se apaga, se deshacen en lluvia
los tiranos, las mañanas de iglesia,
los titulares de periódico,
la voz que dice no o que confirma un precio,
y también lo más noble,
esa costumbre del olvido
que va imponiendo sus fronteras,
porque el amor no sabe detenerse
y su fatalidad es la del agua.
Cosas como un reloj
en el brazo del niño que miraba la tarde,
como una marca de electrodomésticos,
una casa marina,
atardecere rojos en la universidad,
una canción, un jardín provinciano.

O tal vez aquel coche
que regresaba de los merenderos,
estampa negra, temblor cerrado a combustible,

persiguiendo la lluvia con sus faros
entre los quitamiedos,
en los recodos de la carretera.
Oigo ahora su estrépito, el de un motor antiguo,
y lo veo que cruza
el bulvar de los sueños perdidos
hasta que se detiene delante de una casa.
Paseo de la Bomba, 18.
Alguien abre la puerta.
Los niños corren y desaparecen.

Cuando la muerte quiera
una verdad quitar de entre mis manos
las hallará vacías. Al cerrarme los ojos
se mojará los dedos con la lluvia.

Nos duele envejecer, pero resulta
más difícil aún
comprender que se ama solamente
aquello que envejece.

(Habitaciones separadas)

L OS VIAJES

Junto a la ropa sucia el papel de regalo.

La distancia tenía color de hierba y bosque,
autopistas lavadas por la lluvia,
direcciones escritas en periódicos.

Y recuerdo también
mañanas intermedias en el coche
de un extraño cualquiera,
posiblemente amigo de otro amigo,
un extraño que fuerza sus palabras,
y persigue emisoras con noticias del Sur
y me pregunta por el sol de marzo.

La distancia tenía color de escaparate,
teléfonos a cobro revertido,

y detrás de los faros
esos rostros que luego,
cuando se llega a casa,
suelen perder su nombre en las fotografías.

Indicadores neutros se llenaban de gente
y surgían promesas al calor de un encuentro,
noches para contar,
ciudades convertidas en anécdota.

Junto a la ropa sucia el papel de regalo.

Pero desde que viajo sin ausencia
y todo va conmigo,
los bosques ya no piensan en el Sur
y la distancia tiene
un color de palabras soportadas,
color de mi silencio,
mi camino.

(Habitaciones separadas)

*H*ABITACIÓN 219

Son las puertas cerradas de un pasillo de hotel
lo que fueron los sueños, lo que será la vida.

Ella se atreve a preguntar. Parece
la habitación 217
una isla con sol en el Caribe,
como un naufragio donde sólo llega
el tiempo de la luz,
el día de mirarse en el espejo
desnudo de las sábanas.

Son preguntas los ojos y las manos
y hasta el silencio vuelve la cabeza
para verlos brillar,
tomar los sueños como se toma el sol,
jóvenes y tendidos en la cama.

Sus armarios no tienen equipaje.

Tal vez puedes oírlos. Pero cuida
tu firma de viajero,
porque en otra ventana, y pared con pared,
el sol de la 218
tiene la luz ambigua de los días nublados,

recuerdo y porvenir, piel de noviembre
entre la claridad o la tormenta.

El viajero está solo. Mira el televisor
como se miran las fotografías
en una casa extraña,
como se buscan rostros conocidos
entre la multitud de una ciudad.

¿Quién abrirá las puertas del invierno,
en qué mano la llave
de la 219?
No existen las ventanas
y la cama vacía está dispuesta
para que el derrotado
mire a su alrededor, se siente, se desvista
y se tumbe a esperar,
a navegar la noche
embarcado en sus propios pensamientos,
cuando el mundo no sea
sino ruido de pasos y de voces,
al otro lado de la puerta,
en el pasillo de un hotel.

(Habitaciones separadas)

*P*RIMER DÍA DE VACACIONES

Nadaba yo en el mar y era muy tarde,
justo en ese momento
en que las luces flotan como brasas
de una hoguera rendida
y en el agua se queman las preguntas,
los silencios extraños.

Había decidido nadar hasta la boya
roja, la que se esconde como el sol
al otro lado de las barcas.

Muy lejos de la orilla,
solitario y perdido en el crepúsculo,
me adentraba en el mar
sintiendo la inquietud que me conmueve
al adentrarme en un poema
o en una noche larga de amor desconocido.

Y de pronto la vi sobre las aguas.
Una mujer mayor,
de cansada belleza
y el pelo blanco recogido,
se me acercó nadando
con brazadas serenas.
Parecía venir del horizonte.

Al cruzarse conmigo,
se detuvo un momento y me miró a los ojos:
no he venido a buscarte,
no eres tú todavía.

Me despertó el tumulto del mercado
y el ruido de una moto
que cruzaba la calle con desesperación.
Era media mañana,
el cielo estaba limpio y parecía
una bandera viva
en el mástil de agosto.
Bajé a desayunar a la terraza
del paseo marítimo
y contemplé el bullicio de la gente,
el mar como una balsa,
los cuerpos bajo el sol.

En el periódico
el nombre del ahogado no era el mío.

(Habitaciones separadas)

*E*N LLAMAS

A Jon Juaristi

Canciones que no pueden ser cantadas,
banderas que me manchan con su sangre las manos,
libros oscurecidos por el tiempo,
plazas que sólo existen en las fotografías.

Como el águila vivo
en un bosque incendiado.
El brillo de mis ojos es de llamas extrañas.
Me persiguen las ascuas de una luz enemiga.

Y vuelo, vuelo,
sin un lugar a salvo, sin poder detenerme.

(Habitaciones separadas)

CABO SOUNION

Al pasar de los años,
¿qué sentiré leyendo estos poemas
de amor que ahora te escribo?
Me lo pregunto porque está desnuda
la historia de mi vida frente a mí,
en este amanecer de intimidad,
cuando la luz es inmediata y roja
y yo soy el que soy
y las palabras
conservan el calor del cuerpo que las dice.

Serán memoria y piel de mi presente
o sólo humillación, herida intacta.

Pero al correr del tiempo,
cuando dolor y dicha se agoten con nosotros,
quisiera que estos versos derrotados
tuviesen la emoción
y la tranquilidad de las ruinas clásicas.
Que la palabra siempre, sumergida en la hierba,
despunte con el cuerpo medio roto,
que el amor, como un friso desgastado,
conservé dignidad contra el azul del cielo
y que en el mármol frío de una pasión antigua

los viajeros románticos afirmen
el homenaje de su nombre,
al comprender la suerte tan frágil de vivir,
los ojos que acertaron a cruzarse
en la infinita soledad del tiempo.

(Completamente viernes)

*E*L AMOR

Las palabras son barcos
y se pierden así, de boca en boca,
como de niebla en niebla.
Llevan su mercancía por las conversaciones
sin encontrar un puerto,
la noche que les pese igual que un ancla.

Deben acostumbrarse a envejecer
y vivir con paciencia de madera
usada por las olas,
irse descomponiendo, dañarse lentamente,
hasta que a la bodega rutinaria
llegue el mar y las hunda.

Porque la vida entra en las palabras
como el mar en un barco,
cubre de tiempo el nombre de las cosas
y lleva a la raíz de un adjetivo
el cielo de una fecha,
el balcón de una casa,
la luz de una ciudad reflejada en un río.

Por eso, niebla a niebla,
cuando el amor invade las palabras,

golpea sus paredes, marca en ellas
los signos de una historia personal
y deja en el pasado de los vocabularios
sensaciones de frío y de calor,
noches que son la noche,
mares que son el mar,
solitarios paseos con extensión de frase
y trenes detenidos y canciones.

Si el amor, como todo, es cuestión de palabras,
acercarme a tu cuerpo fue crear un idioma.

(Completamente viernes)

*L*A NOCHE

Ahora la sentimos inagotable
como un antiguo vino
y nadie puede contemplarla sin vértigo
y el tiempo la ha cargado de eternidad.

Jorge Luis Borges

Con sus conspiraciones,
con los sueños que nunca se recuerdan
y con los recordados,
con el insomnio de las cañerías,
con la inquietud que tiembla un segundo después
del aullido de un lobo
o el aviso alarmado de los perros,
con la sombra que cruza por el jardín vacío,
con la luna maldita, con el amor, los hombres
levantaron la noche.

Con las ventanas de los rascacielos,
con la oración del monje,
con la ropa cansada de la puta,
con la orquesta de jazz en aquel sótano
de la ciudad dormida,
con el postigo en la tormenta,

con los versos de Borges
y con las confesiones del borracho,
con la luna de junio, con el odio,
levantaron la noche.

Y también con la Estrella Polar sobre los barcos,
con las meditaciones del filósofo,
con las tribus sentadas a la hoguera,
con la perversidad del confidente,
y con el tiempo detenido
en el primer abrazo, en las primeras lágrimas,
en los primeros nombres del interrogatorio,
con la luz amarilla,
con el silencio de los hospitales,
levantaron la noche.

También con tu desnudo. Esta definitiva
perfección de la noche en tu desnudo
me confirma la frágil certeza del destino,
pues toda la intención del universo
fue llamarnos aquí.
En una noche blanca están todas las noches
y el tiempo inevitable ha sucedido
para dejar tu sueño en esta cama
y para que yo vea en tus ojos el fuego
de una noche infinita.

(Completamente viernes)

*L*A POESÍA

La poesía es inútil, sólo sirve
para cortarle la cabeza a un rey
o para seducir a una muchacha.

Quizás sirve también,
si es que el agua es la muerte,
para rayar el agua con un sueño.
Y si el tiempo le otorga su única materia,
posiblemente sirva de navaja,
porque es mejor un corte limpio
cuando abrimos la piel de la memoria.
Con un cristal partido,
el deseo
hace heridas más sucias.

La poesía eres tú,
un corte limpio,
una raya en el agua
-si es que el agua es razón de la existencia-,

la mujer que se deja seducir
para cortarle la cabeza a un rey.

(Completamente viernes)

CUARENTENA

Con qué ferocidad y a qué hora importuna
salen tus veinte años de la fotografía
para exigirme cuentas.

En los ojos heridos por la luz
sostienes la mirada de mis sombras,
en el descaro de tus profecías
desdeñas la lealtad de mis recuerdos,
en la piel transparente
anegas el cansancio de mi piel
y defines mis años por traiciones.

No escandalices más,
hablemos si tú quieres,
elige tú las armas y el paisaje
de la conversación,
y espera a que se vayan
los invitados a la cena fría
de mis cuarenta años.

Por evaporaciones,
como las aguas sucias de los charcos
se acercan a las nubes,
caminaré contigo
hasta la plaza de tu juventud.
Allí están los magníficos
árboles de las ciencias y las letras

con sus palabras en el mes de mayo,
y el orden de los números
a la orilla del tiempo,
más cerca de las sumas que de las divisiones.

Imagino tu voz, supongo el aire
-porque a veces regresa hasta mis labios
en noches de espesura-
con el que afirmarás
que toda libertad es una roca,
que no faltan el viento y las razones,
sino la voluntad en el timón,
para gritar después que mi conciencia
es ya ropa tendida,
palabras puestas a secar.

Tendrás razón. No digo
ni la mitad de lo que siento.
Pero recuerda que mi soledad,
la que arde en mi lámpara de desaparecido,
es el silencio de las causas públicas.
Y puedes comprenderme:
mis mujeres dormidas,
el cajón de los barcos indefensos,
un teléfono antiguo...,
todas las tachaduras se parecen
a la inquietud que sufres
ante la vida en blanco.

Ya que fuerzas mis sombras con tu luz
comprende mi silencio en tus exclamaciones.
Porque sabes que sé

el lado frágil de la impertinencia,
lo que hay de imitación en tu seguridad,
la certeza que llega de los otros
para empujarte
por el afán de ser el elegido,
por el deseo de gustar,
hasta vivir de oídas en muchas ocasiones.

Aceptaré las quejas, si tú me reconoces
la legitimidad de la impostura.

Ahora que necesito
meditar lo que creo
en busca de un destino soportable,
me acerco a ti,
porque sabías meditar tus dudas.
Cuando tengas la edad que se avecina,
admitirás el tiempo de los encajadores,
la piel gastada y resistente,
el tono bajo de la voz
y el corazón cansado de elegir
sombras de pie o luz arrodillada.

Después de lo que he visto y lo que tú verás,
no es un mal resultado, te lo juro.
Baja conmigo al día,
ven hasta los paisajes verdaderos
en los que discutimos,
y me agradecerás
la difícil tarea de tu supervivencia.

(La intimidad de la serpiente)

S

I TODO VA BIEN, O SOBRE LOS LÍMITES DE LA POESÍA

No hay demasiado tráfico,
y si todo va bien tal vez lleguemos
a la hora prevista.

La casa de balcones frente al mar,
antigua y rodeada por edificios sórdidos,
se parece a la luz del mes de octubre.

Como un río, la tarde
sobre los puentes de las autopistas,
y en la espuma del mar desembocan los coches.

La sombra de la casa
discute igual que un padre con su hija
por las evocaciones familiares.

La palabra orgullosa del cemento,
el plástico en la voz de la gran superficie,
las inseguridades, la silenciosa mueca
en los labios cerrados de la hamburguesería
o en la duda del beso,
tiemblan sobre las vigas de lo que ya no existe,
sobre la complicada manera de entender
el chantaje del tiempo.

Hay huellas en las dunas y en las conversaciones.
Cuando lleguemos me preguntarás

por los cañaverales,
por la taberna de tu bisabuelo
y por las redes de los pescadores
hundidos en la niebla. Las preguntas
son a veces arena, tienen forma
de sueño en un anillo de cristal,
de pasado que vuelve con el viento
para mojar sus pies
en la tranquilidad de un paseo nocturno.
Será nuestro presente,
el que nos den las imaginaciones.

Al caminar unidos
sobre un mundo que nunca conociste,
mientras atiendo y calmo
las nuevas exigencias de tu curiosidad,
pensaré, sin decírtelo,
que si todo va bien
alcanzarás orillas que me serán ajenas,
nubes que ya no podré ver,
matrículas extrañas y ciudades
levantadas al filo de un paseo marítimo.
En la espuma del mar desembocan los coches.

Vete a saber lo que depara el tiempo.
Y si todo va bien,
ni siquiera tu voz podrá contármelo.

(La intimidad de la serpiente)

CANCIÓN SOL

Sol de los vertederos, animal sin orgullo
que lames las montañas
de papeles heridos y de palabras secas,
con tu docilidad de botella vacía,

eres el dueño del amanecer.

Viejo sol humillado
entre las vigas del crepúsculo
para que giren a tu alrededor
la ley de lo podrido, la memoria y el fango,

eres el dueño del amanecer.

Sol de las vías muertas,
tan hostil a las ruinas con infancia
como un caballo de cartón inmóvil
bajo los utensilios que buscaban el óxido,

eres el dueño del amanecer.

Y por el caos de tus aguas
navega el cisne oscuro
que no conoce la melancolía.

(La intimidad de la serpiente)

CORONEL GARCÍA

Una vez más
te vuelves a esperarme.

Igual que entonces
cuando me detenían los negocios
infantiles del mar
o las orillas silenciosas
de algún escaparate.
El niño vive un mundo propio,
un tiempo que se queda sorprendido
al bajar la marea,
como el agua parada entre las rocas.

Ibas tú por delante,
con tu prisa de siempre,
y al perseguir tu sueño
nevaba en las montañas
y la nieve caía
con su verdad de siempre.

Una vez más
te vuelves a esperarme.

Junto al reloj de oro de tu boda
llegó a nacer mi tiempo,

junto a los uniformes de soldado
el desaliño de mi letra,
y junto a la canción entonada en el coche,
feliz y colectiva como un himno,
una tristeza de muchacho
que prefiere quedarse un tono por detrás,
condenado a vivir las soledades.

Coléricos, creyentes, susceptibles,
cargados de razón, sentimentales,
extremos de una misma geografía
y muy enamorados,
he vivido la noche
con la misma franqueza soleada
que tú persigues en el día
y he buscado la luz
con las lecciones de tus sombras.
La palabra recuerdo ha nacido en el norte,
en una calle fría de la ciudad de Burgos,
y el porvenir parece una cigüeña
en el viento del sur.
Pero el norte y el sur
son dos gotas de agua.

Una vez más
te vuelves a esperarme,
cuando la piel de mi futuro
se escribe con la ley
de tus ochenta años.
Yo he sido

un amigo de muchos condenado a estar solo.
Tú eras
un joven solitario perdido en un ejército.

Y estás ahí,
muy joven o muy viejo,
con el mundo a tu espalda
y los brazos tendidos,
orgulloso de mí.

Conforme voy llegando
a donde tú me esperas
y confundo tus ojos con mis ojos,
me gustaría darte
un momento de paz.

Entre tú y yo, el árbol del orgullo
suele brotar en un jardín selvático,
entre raras especies
que viven al amor del exotismo.

Pero el norte y el sur son dos gotas de agua.
Voy a decepcionarte también en mi vejez.

(De un libro inédito)

MADRE

Dentro de nada,
cuando me den permiso
las estúpidas fieras de mi tiempo,
cumpliré una palabra que nunca me pediste.
Te llevaré a París.

Porque tal vez, entonces,
en los Campos Elíseos
o en las aguas del Sena,
con Nôtre Dame al fondo o con la Torre Eiffel,
veré de nuevo el brillo
más joven de tus ojos,
la luz adolescente
que baja del tranvía
con bolsas y comercios y saludos
y poco más de veinte años.

Hoy te recuerdo así,
como los días sin colegio,
bandera hermosa de un país difícil,
lluvia delgada de los sábados.

Nunca guardaste mucho para ti.
Ni siquiera una noche,

una ciudad o un viaje.
Tu tiempo se sentaba en nuestra mesa
y había que partirlo como el pan,
entre tus hijos y tu miedo.
Seis veces el temor
a que la enfermedad, el vicio o la desgracia
se quisieran sentar en nuestra mesa.

No vayas a salir, a dónde vas ahora,
hay que tener cuidado
con los amores y las carreteras,
deja ya la política
o la gruta del lobo.
Y sin embargo
lo que no te atrevías a pedir
duerme en el corazón de cada uno.

Porque el amor se hereda
como un abrigo sin botones,
y a mí me gustaría acompañarte
por los pasillos del museo,
más obediente y repeinado,
para encontrar en la Gioconda
el sueño y la sonrisa
de un carné de familia numerosa.

Te llevaré a París
o a la ciudad que duerme
en la taza de te de tus meriendas,
con tu cristalería

de familia burguesa
y más aspiraciones que dinero,
con tus dientes manchados de carmín,
con tus estudios de Filosofía
y Letras, je m'appelle
Elisa, j'ai cherché
la lune, la mer, la vie,
la pluie, mon coeur,
y todo se interrumpe.

Sólo somos injustos de verdad
cuando sabemos que el amor
no pasará factura.
Pero el cauce sin agua
también puede llegar a desbordarse,
como los ríos de Granada,
y a tu lado me busca
esta vieja nostalgia de ser bueno,
de no ser yo,
de conocer al hijo que mereces.

Te llevaré a París. En mi recuerdo
has aprendido algo
de lo que te olvidaste en la vida:
pedir por ti, andar por tus ciudades.

(De un libro inédito)

R

AFAEL ALBERTI

Así
como pasabas
en el amanecer
de la mitología a los teléfonos
para llamar de pronto,
o de las multitudes al desorden
solitario y esquivo de tu cuarto
en la calle Princesa,
pasas también ahora
de la muerte a la vida,
de los recuerdos al estar aquí,
habitando la mesa donde escribo.

En su rincón más nuestro,
ese que no depende del pasado,
la memoria es azul, y callejera,
y pura realidad, como los versos
que convierten el mar en la nevada
y los ríos de tinta en un amanecer
para que cante el gallo sobre el reino
de la metamorfosis.

Hablamos del amor y la poesía,
tal vez porque este cielo ha decretado
un violeta de Bécquer sobre el mundo,

que guardas en tu voz
como en las páginas de un libro.

Orgullosa de ti,
prefiero los aciertos a la mediocridad
del que cuenta los días y las sílabas
para evitar errores.

Los que han amado mucho
no desmienten su amor
con una mala boda.

Los que escriben poemas necesarios
continúan ardiendo
sobre la leña seca de los libros.

Da igual la perfección,
la irregularidad o la abundancia.

Orgullosa de mí,
vuelvo a ser el muchacho
que te ha visto llegar desde la historia,
con tu mitología
de poetas, república y exilios.

Y llamas por teléfono,
y preguntas la hora,
y sugieres la cita,
conmigo mano a mano,
busquemos otros montes y otros ríos,
para comer al sol de las afueras.

En aquel restaurante del pinar
han subido los precios.

Ahora no puedes invitarme.
Pago la cuenta solo,
pero volvemos juntos en el coche,
y te quedas dormido
sobre el último verso de algún clásico,
o quizás en la cumbre de una rama.

Una vez más me siento el elegido,
mientras el día se disuelve
en el retrovisor
como la inspiración en un poema.

(De un libro inédito)

*P*RIMER AMOR

Aquella casa no era mía.
Yo contraté la luz, el agua y las palabras.
Dispuse que los muebles y los vientos
volvieran a jugar en los balcones.
El paisaje llegaba saludando
igual que los amigos,
y al levantar la mano y las botellas
abril subía por el ascensor
y las colinas de la tarde
cambiaban amapolas por un whisky.

Yo contraté la noche para cerrar las puertas.
Quise quedarme solo con mi amada,
quedarme dentro de las horas
que ruedan con la miel de dos desnudos.
Yo preparé las sábanas, los libros, los armarios,
pinté de blanco las paredes,
pero la casa aquella no fue mía.

Porque empezó a llover
durante todo un año y el siguiente,
y el otoño manchaba los pasillos
con silencios mojados y zapatos,
y estuvo el mes de enero

helando hasta cortarse con nuestra soledad
y nuestra ropa sucia,
y el coche que subió por la colina
de barro y abandono
vino para decirme
que aquella casa no era mía.

Y aquella casa no fue mía.
Aprender a vivir enamorado,
saber amar,
significa también sentirse libre
cuando un amor se acaba.
Las ruinas de hoy
no son ya mi dolor ni mi recuerdo.
Veo como un extraño
la ventana forzada, las paredes con grietas,
los azulejos rotos.

La lluvia que pregunta en la esquina por mí,
sabe que aquella casa no era mía.

(De un libro inédito)

P REGUNTAS A UN LECTOR FUTURO

¿Está lloviendo?
¿Tal vez en los tejados
confundes la verdad con la belleza
y un bienestar antiguo
duerme la sombra líquida del tiempo?
¿O es un día de sol,
de los que ruedan por el mundo
sin esperar la primavera,
hasta caer hermosos y rendidos
junto al invierno gris de tu ventana?

¿Estás fumando?
¿Has conseguido respirar la nube
de tu tranquilidad,
el pacto de los cuerpos con el humo?
¿Has servido la copa de licor
que te devuelve a la razón más tuya,
a la barca que sabe descansar en su orilla?
¿Pesán en la madera de tu edad
el tabaco y el whisky?

¿Estás solo?
¿Alguien lee a tu lado,
en la otra butaca de la noche?

¿Esperas a que suene
el portero automático,
para dejar el libro
y compartir las horas
con el amor que empaña los relojes,
para sentirte libre y excitado,
por un momento libre,
sin recuerdos ni olvidos?

Y no voy a negarte
que agradezco el azar de esta ocasión
en la que tú me salvas del olvido.

Pero no me consuela,
si yo no puedo recordar la vida.

(De un libro inédito)

Bibliografía de Luis García Montero

1. Libros de poesía

- Y ahora ya eres dueño del Puente de Brooklyn*, Colección Zumaya, Universidad de Granada, 1980.
- Tristia* (en colaboración con Álvaro Salvador, bajo el nombre de Álvaro Montero), Rusadir, Melilla, 1982.
- El jardín extranjero*, Adonais, Madrid, 1983.
- Diario cómplice*, Hiperión, Madrid, 1987.
- Las flores del frío*, Hiperión, Madrid, 1991.
- Habitaciones separadas*, Visor, Madrid, 1994.
- Además*, Hiperión, Madrid, 1994.
- Quedarse sin ciudad*, El Cantor, Palma de Mallorca, 1994.
- Casi cien poemas*, Hiperión, Madrid, 1997.
- Completamente viernes*, Tusquets, Barcelona, 1998.
- La intimidad de la serpiente*, Tusquets, Barcelona, 2003.
- Poemas*, Visor, Madrid, 2004.

2. Libros de ensayo sobre poesía

- Poesía, cuartel de invierno*, Diputación de Granada, Granada, 1987.
(Edición ampliada en Seix Barral, Barcelona, 2002)
- Confesiones poéticas*, Maillot Amarillo, Granada, 1993.
- El realismo singular*, Los libros de Hermes, Instituto Vasco de las Artes y las Letras, Bilbao, 1993.
- La palabra de Ícaro. Estudios literarios sobre García Lorca y Alberti*, Cátedra Federico García Lorca, Universidad de Granada, 1996.
- Aguas territoriales*, Pre-Textos, Valencia, 1996.

Lecciones de poesía para niños inquietos, Comares, Granada, 1999.
El sexto día. Historia íntima de la poesía española, Editorial Debate, Madrid, 2000.
Gigante y extraño. Las rimas de Gustavo Adolfo Bécquer, Tusquets, Barcelona, 2001.

Sobre la obra de Luis García Montero

- ALBERTI, Rafael, “Imagen de Luis García Montero”, en Luis García Montero, *Diario cómplice*, Hiperión, Madrid, 1987, pp. 7-8.
- ALBORNOZ, Aurora, “En busca de una nueva sentimentalidad”, *El País*, Madrid, 13 de marzo de 1983.
- AYALA, Francisco, “La biblioteca de Adán”, *El País*, 25 de febrero de 2000.
- BALLART, Pere, “Vivir en los pronombres”, *Quimera*, nº 161, septiembre, 1997, pp. 80-81.
- BALLART, Pere, “El territorio que fue Edén”, *Quimera*, nº 234, septiembre, 1997, pp. 71-73.
- BENEDETTI, Mario, “El diario de una complicidad”, en *Antología de la joven poesía, granadina*, Colección Literaria de la Caja de Ahorros de Granada, 1990, pp. 110-112.
- BENÍTEZ REYES, Felipe, “Un poeta que piensa”, *La esfera, El Mundo*, 18 de enero de 1997.
- BONILLA GAGO, Juan, “La complicidad de la poesía”, *Sur*, Málaga, 8 de agosto de 1987.
- BRINES, Francisco, “Tres perspectivas diversas”, *Diario 16, Culturas*, 3 de agosto de 1994.

- CABALLERO BONALD, Juan Manuel, “Poesía y coherencia”, *El Mundo*, 22 de marzo de 1997.
- DELGADO, Agustín, “Las llaves del laberinto”, *Leer*, julio-agosto, 2003, p. 94.
- DÍAZ DE CASTRO, Francisco J., “*Habitaciones separadas* de Luis García Montero”, *Insula*, nº 594, 1996, pp. 22-24.
- DÍAZ DE CASTRO, Francisco J., “*La intimidad de la serpiente*”, *Renacimiento*, 39-40, 2003, págs. 100-103.
- DÍAZ DE CASTRO, Francisco J., *La otra sentimentalidad. Estudio y antología*, Fundación Lara, Sevilla, 2003.
- DÍEZ DE REVENGA, Javier, “*Poemas de Luis García Montero*”, *La Opinión*, 7 de mayo de 2004.
- EIRE, Ana, “La poesía de la experiencia en la posmodernidad: un acercamiento a la nueva poesía española a través de la obra de Luis García Montero, Miguel d’Ors y Andrés Trapiello”, *Hispania*, Volumen 86, nº 2, mayo 2003, págs. 219-230.
- GARCÍA, Miguel Ángel (Ed), Luis García Montero, *Antología poética*, Castalia, Madrid, 2002.
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor, “*Habitaciones separadas*”, *ABC*, Madrid, 6 de mayo de 1994.
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor, “*Completamente viernes*”, *ABC literario*, 27 de febrero de 1998.
- GARCÍA MARTÍN, JOSÉ LUIS, “*El jardín extranjero*”, *Poesía española. 1982-1983*, Hiperión, Madrid, 1983, pp. 113-115.
- GARCÍA MARTÍN, José Luis, “*La intimidad de la serpiente*”, *El Cultural. El Mundo*, 27 de febrero de 2003.
- GARCÍA JAMBRINA, Luis, “Un bolero ilustrado”, *ABC Cultural*, 29 de mayo 2004, pág. 14.

- GARCÍA POSADA, Miguel, “La teoría práctica de un poeta”, *El País*, 29 de enero de 1994.
- GARCÍA POSADA, Miguel, “El otro canto. *La intimidad de la serpiente*”, *ABC Cultural*, 8 de marzo de 2003.
- GHIGNOLI, Alessandro, “La poesía complice di Luis García Montero”, *Logos*, Anno III, nº 5, Settembre-Ottobre, 1998, pp. 24-29.
- GONZÁLEZ-BADÍA FRAGA, Concha, *Antes y después. (Notas para una poética de Luis García Montero)*, Cuadernos Literarios La Placeta, Fundación El Monte, Huelva, 2000.
- GRAGERA, Abraham, “*La intimidad de la serpiente*”, *La estafeta literaria*, nº 4, 2003, pp. 103-104.
- JARAMILLO AGUDELO, Darío, “Un poeta de la experiencia”, *Letras libres*, nº 40, enero 2005, pp. 64-66.
- JIMÉNEZ, José Olivio Y MORALES, Carlos Javier, “Luis García Montero”, *Antonio Machado en la poesía española. La evolución interna de la poesía española. 1939-2000*, Cátedra, Madrid, 2002, pp. 294-302.
- JIMÉNEZ MILLÁN, Antonio, “Las palabras y su sombra. *Poesía, cuartel de invierno* de Luis García Montero”, *Insula*, nº 493, 1988, p. 10.
- JIMÉNEZ MILLÁN, Antonio, “Pasión e inteligencia”, *Hélice*, nº 9, Granada, 1998, pp. 60-61.
- LITORAL, nº 217-218, Torremolinos, 1998. Número monográfico, coordinado por Antonio Jiménez Millán, bajo el título *Complicidades*.
- MAINER, José-Carlos, “Con los cuellos alzados y fumando. Notas para una poética realista”, en Luis García Montero, *Casi cien poemas*, Hiperión, Madrid, 1997, pp. 7-29.
- MAINER, José-Carlos, “Verosímil y útil: la poética de Luis García Montero”, *Tramas, libros, nombres*, Anagrama, Barcelona, 2005, pp. 254-260.

- MAINER, José Carlos, “El poeta necesario”, *La expedición*, nº 4, Zaragoza, febrero de 1998, pp. 26 y 28.
- MARCO, Joaquín, “La poesía cotidiana de Luis García Montero”, *El Periódico*, Barcelona, 25 de diciembre de 1991.
- MARÍ, Antoni, “Un proceso de conocimiento”, *Hélice*, nº 11, 1999, pp. 69-70.
- MARTÍNEZ, José Enrique, “*Habitaciones separadas*”, *Diario de León*, 29 de mayo de 1994.
- MENDICUTTI, Eduardo, “Cambios de piel”, *El Mundo Andalucía*, 23 de febrero de 2003.
- NOVO, Yolanda, “Con un poema de Luis García Montero: En torno a “Confesiones” (De *Completamente viernes*, 1998)”, *Homenaxe o profesor Camilo Flores*, Universidad de Santiago de Compostela, 1999, pp. 532-547.
- OLEZA, Joan, “El insomnio de Jovellanos: un tiempo mío entre dos olas”, en *Centuria*, Visor, Madrid, 2003, págs. 403-415.
- ORTEGA, José, “La búsqueda de la poesía, o la poesía como búsqueda en *Diario cómplice*”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 504, junio 1992, pp. 150-154.
- ORTEGA, José, “Un viaje lírico de Luis García Montero”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 539-540, mayo-junio de 1995, pp. 303-305.
- PICARDO, Osvaldo, “La intimidad de la serpiente”, *La Pecera*, nº 5, Mar del Plata, 2003, pp. 194-198.
- PIQUERO, José Luis, “Nuna cai de cualaquier ciudá”, *Les Noticies*, Oviedo, 20 de abril de 1997.
- POESÍA EN EL CAMPUS, nº 26, Universidad de Zaragoza, 1994.
- POMBO, Alvaro, “Luis García Montero”, *Alrededores*, Anagrama, Barcelona, 2002, pp. 47-48.

- RODRÍGUEZ, Juan Carlos, *Dichos y escritos. (Sobre La otra sentimentalidad y otros textos fechados de poética)*, Hiperión, Madrid, 1999.
- ROSO, Pedro, *La otra sentimentalidad de Luis García Montero*, Trayectoria de navegantes, Córdoba, 1993.
- ROVIRA, Pere, “Del presente”, *Diario 16*, Madrid, 11 de julio de 1991.
- SALVADOR, Álvaro, *Letra pequeña*, Cuadernos del vigía, Granada, 2003.
- SÁNCHEZ TORRE, Leopoldo, “Habitaciones cómplices”, *Por ejemplo*, nº 2, Madrid, octubre 1994, pp. 53-55.
- SÁNCHEZ TORRE, Leopoldo, “Los conflictos del vocabulario”, *Clarín*, julio-agosto, 2002, p. 30.
- SCARANO, Laura, *Las palabras preguntan por su casa. La poesía de Luis García Montero*, Visor, Madrid, 2004.
- SCARANO, Laura, *Luis García Montero: la escritura como interpe-lación*, Atrio Ensayo, Granada, 2004.
- SORIA OLMEDO, Luis, “Luis García Montero”, en *Centuria*, Visor, Madrid, 2003, pp. 561-564.
- VILLENA, Luis Antonio, “Alberti entrega la espada para un poeta nuevo: Luis García Montero”, *El País*, 29 de mayo de 1983.
- VILLENA, Luis Antonio, “El corazón y la hondura” (1995), *Teoría y poetas*, Pre-textos, Valencia, 2000, pp. 141-142.
- WHANÓN, Sultana, “Singularidad del realismo”, *Hélice*, nº 3, Granada, 1994, pp. 40-41.
- WHANÓN, Sultana, “Lírica y ficción: de la otra sentimentalidad a la poesía de la experiencia”, en *Homenaje a la profesora María Dolores Tortosa*, Universidad de Granada, pp. 493-510.
- ZABALO PUIG, Jacobo, “Lirismo de lo cotidiano”, *Archipiélago*, nº 63, noviembre, 2004, pp. 129-130.

ÍNDICE

	Pág.
Preludio para Luis García Montero (A.G.)	5
Ha pasado el tiempo	17
Selección de poemas	39
Poema VI (de <i>Diario cómplice</i>)	41
Poema XXVI (de <i>Diario cómplice</i>)	42
Canción sin nadie (de <i>Las flores del río</i>)	43
Canción umbría (de <i>Las flores del río</i>)	44
Irene (de <i>Las flores del río</i>)	45
Intento, sin compañía, de rehabilitar una ciudad (de <i>Las flores del río</i>)	47
Fotografías veladas de la lluvia (de <i>Habitaciones separadas</i>)	49
Los viajes (de <i>Habitaciones separadas</i>)	53
Habitación 219 (de <i>Habitaciones separadas</i>)	55
Primer día de vacaciones (de <i>Habitaciones separadas</i>)	57
En llamas (de <i>Habitaciones separadas</i>)	59
Cabo Sounion (de <i>Completamente viernes</i>)	60
El amor (de <i>Completamente viernes</i>)	62
La noche (de <i>Completamente viernes</i>)	64
La poesía (de <i>Completamente viernes</i>)	66
Cuarentena (de <i>La intimidad de la serpiente</i>)	67
<i>Si todo va bien</i> , o sobre los límites de la poesía (de <i>La intimidad de la serpiente</i>)	70
Canción sol (de <i>La intimidad de la serpiente</i>)	72
Coronel García (de <i>De un libro inédito</i>)	73
Madre (de <i>De un libro inédito</i>)	76
Rafael Alberti (de <i>De un libro inédito</i>)	79

Primer amor (<i>De un libro inédito</i>)	82
Preguntas a un lector futuro (<i>De un libro inédito</i>)	84
Bibliografía de Luis García Montero	86
1. Libros de poesía.....	87
2. Libros de ensayo sobre poesía	87
Sobre la obra poética de Luis García Montero	87

Creada en 1955 por el financiero español Juan March Ordinas, la Fundación Juan March es una institución familiar, patrimonial y operativa, que desarrolla sus actividades en el campo de la cultura humanística y científica. Organiza exposiciones de arte, conciertos musicales y ciclos de conferencias y seminarios. En su sede en Madrid, tiene abierta una biblioteca de música y teatro. Es titular del Museo de Arte Abstracto Español, de Cuenca, y del Museu d'Art Espanyol Contemporani, de Palma de Mallorca. A través del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, promueve la docencia y la investigación especializada y la cooperación entre científicos españoles y extranjeros.

pyp

[9]



Fundación Juan March